LOS NUEVOS GAUCHOS

En la estancia de don Albino se esquilaban, todos los años, de veinte a veinticinco mil ovejas.

El trabajo se efectuaba en un gran galpón con techo de cinc y piso de argamasa. Hasta cien esquiladores solían trabajar a un tiempo y no se oía sin embargo más ruido que el de las tijeras automáticas y de los árboles y poleas que hacía girar incesantemente el poderoso motor.

Las conversaciones vivaces, el continuo dichareteo, los gritos de «¡Médicos», «¡Ventevoi...», «¡Vollón y lata!», todo lo pintoresco del esquileo en las viejas estancias gauchas, había desaparecido allí, donde todo marchaba con la regularidad de un taller moderno.

Dos capataces contrabreaban el trabajo de los operarios y el patrón los vigilaba a ellos, a los peones de la enfardadora mecánica, a los embretadores, a los aguadores, a todo y a todos, incluso los encargados del «rancho», que se servía a horas fijas, a toque de campana.

Los chinos vendedores de pasteles y tortas fritas, sandías y duraznos, no tenían acceso a la finca; y estaban inexorablemente proscriptos, el alcohol, el naipe y la teba.

Don Albino no era, sin embargo, — como pudiera suponerse, — un cultivador extranjero, o por lo menos un hombre de ciudad.

Era, por el contrario, un perfecto tipo de criollo. De mediana estatura, retacón, amplio de espaldas y de pecho y de abultado abdomen; de cabellera y barba entrecana, de rostro trigueño bronceado por los soles, de brillantes ojos negros, la expresión de su fisonomía era noble y severa. Su indumentaria, bien que prolija, ajustábase al clasicismo campesino: toscas botas de cuero amarillo, bombacha y casaquilla de merino negro, golilla de seda blanca al cuello y sobre la cabeza el chambergo de anchas alas.

De que poseía una inteligencia lúcida y desmanecada de prejuicios rutinarios, daba cumplido testimonio la organización de su establecimiento, montado a la moderna, pero con gran sentido práctico, sin exageraciones nóbicas. Nunca se había aventurado en una reforma sin previa comprobación de su eficacia.

Y de igual modo en los hábitos domésticos.

— Lo necesario nunca es lujo, — respondía a quienes intentaban burlarse del confort introducido en su vivienda: la extrema limpieza, el blanqueo anual de todas las habitaciones, la instalación de un molino y de cañerías para la distribución del agua, en reemplazo del viejo pozo de balde, cuyo brocal verdeaba con los musgos parietarios y cuya roldana, nostálgica de la soga, permanecía inmóvil, lentamente comida por el herrumbre; la cocina de hierro, la ordenada despensa y la inflexible prohibición de penetrar, — no sólo en las habitaciones, sino ni siquiera al patio, — a toda la fauna doméstica: perros, gatos, patos y gallinas.

Por esta razón que un hombre sea, — solía decir, — [illegible] y poner cada hombre y cada cosa en su [illegible] como es debido. Con postes torcidos no hace un alambrado derecho: la cuestión es tener idea y paciencia pa encontrarle el acomodo.

— Mire, compadre Juan, — díjole una vez su vecino don Zoilo, gaucho viejo, alto, flaco, melenudo y barbudo, — mire, compadre, si tuitos los criollos hiciéramos como usté, prouto s'iba acabar la raza gaucha.

— Ya se v'acabando, — respondió don Albino; — y se va acabando por culpa de ustedes.

— Por culpa 'e los gringos, que nos van comiendo.

— Los gringos los van comiendo porque ustedes, en lugar de aprender a trabajar como ellos, mejorando las haciendas, haciendo aguadas, empleando maquinarias, siguen perdiendo el tiempo en dormir la siesta, tomar mate y cuidar parejeros. Asina, hoy hipotecan un pedazo 'e campo, mañana otro, y al cabo un tiempo nos les queda ni cuatro varas de tierra pa servirles de sepoltura...

— ¡Yo los odeo y los he de peliar hasta lo último!

— Sí; ¡peliando con facón a uno qu'está armao de ametralladoras!...

— ¡No importa!... Se debe tener coraje aunque la vida se pierda!... ¡El coraje es lo que vale!...

— Lo que vale es el triunfo. Tener coraje pa morir y no tenerlo pa vivir no merece alabanza.

— No sé; de cualquier modo, el gaucho se muere, pero ha 'e saber morir en su ley.

— Se equivoca, compadre. El gaucho, el criollo, no se muere, se trasforma, refinándose lo mesmo que las haciendas. Ya ni rastros quedan de los gauchos-trova, haraganes, vagabundos, ni de los Moreiras bochinoheros, borrachos de pulpería y peliadores de polesías... También se acabarán los estancieros que no saben o no quieren mirar al porvenir. ¡Es locura pretender que corra p'atrás el agua del arroyo!

MARTÍN LAGUNA.

Dib. de Fortuny.